



Tiempos de arranque

La Jornada - 4 de marzo de 2019

El descenso llegó y no se mueve. Las calificadoras caen sobre nosotros y todas a una apuntan a la crisis inaudita que en sus finanzas afecta a Pemex. Éste, no lo olvidemos, ha sido sobre explotado por el gobierno federal para contraer deuda y abultar sus ingresos tributarios, con las consabidas implicaciones sobre las finanzas de la industria y sus potencialidades.

Los gobiernos de la nueva etapa mexicana de la pluralidad y la democracia, se comieron la gallina de los huevos de oro que nos quedaba y ahora nos dejan en una triste inopia. No se puede avizorar la forma cómo el gobierno va a lidiar con los primeros y segundos resultados del declive económico, pero no debe haber duda de que sus números serán implacables: menos crecimiento es menos empleo y menos consumo; y ambos quieren decir menos ingreso y para el Estado menos recursos tributarios y así más recortes y desde luego menos gasto efectivo del sector público a favor de proyectos sociales y de infraestructura. Este es un círculo elemental, pero de hierro que sólo puede romper el gobierno cambiando su política económica a favor del empleo y la producción.

Ha habido otros momentos de decaimiento económico que coincidan con el inicio de un gobierno. Al licenciado Margain lo “tumbó el caballo” y fue despedido de la secretaría de Hacienda ante una “atonía” que el presidente entrante, el licenciado Echeverría, no podía masticar.

Lo que vino fue una avalancha y la “política económica del nuevo gobierno”, como la codificó el economista y embajador Navarrete desembocó en graves crisis financieras y fiscales y, al final, una devaluación del peso después de más de veinte años de estabilidad cambiaria. El espectro y talón de Aquiles de nuestro desarrollo fue debidamente identificado, pero no adecuadamente abordado y la crisis fiscal larvada del Estado mexicano simple y letalmente siguió su curso.

Ahora, al calor del vuelco político formidable que vivimos, es preciso, pienso que vital,



insistir: la reforma del Estado que el país requiere no puede sino empezar por una reforma hacendaria de gran envergadura, cuyo punto de partida sea, a la vez, el de los tributos. Sólo así vamos a darle viabilidad histórica a la república y empezar a saldar nuestras cuentas, siempre pospuestas, con los mandatos de la Constitución.

No hay de otra y el presidente López debe prepararse para asumirlo y volverlo convocatoria, ahora que cuenta con el apoyo de los poderes que definen el presente y marcan el futuro. Si vamos a convertir a la inversión en una obsesión, en afortunada fórmula del nuevo presidente del CCE, reconozcamos que eso quiere decir sacrificio del presente y capacidad de gasto y financiamiento del Estado. Más inversión y más impuestos y sin concesiones. Ni modo